

Antonio Pulido

Hace algunos años, yo solía pasear por el camino que hay donde antes estaba la vía del tren, entre al paseo de Marcos Redondo y la Guizuela. En el mismo cruce de este camino con el que sale de San Gregorio y llega hasta Dos Torres, había una caseta de tren medio derruida y a su lado un enorme eucalipto seco, ya apenas la estructura que formaban sus cuatro o cinco ramas fundamentales. La visión conjunta de la caseta y el eucalipto, enmarcada en un paisaje plano y sin árboles, resultaba sobrecogedora para mi receptivo ánimo de paseante solitario, y muchas veces que eché a andar sin ningún destino concreto acabé descubriendo que caminaba hacia la caseta y el árbol, como si algo o alguien de aquel lugar me atrajera sin yo saberlo, como si aquella visión terrible fuera el símbolo de algo que yo tenía escondido en algún lugar del alma.

Por eso la sorpresa fue tremenda cuando descubrí aquella misma imagen en el anuncio de una exposición de pintura que estaba abierta en el Ateneo de Estudiantes de Pozoblanco: como yo, alguien había sentido la mágica atracción del lugar, hasta el punto de que, tras haberlo pintado, de entre todos los cuadros de la colección había escogido ése para representarla. El pintor era Antonio Pulido.

Varios años después, yo escribí una novela corta cuya acción se desarrollaba en Pozoblanco (*la doble vida de un seductor imaginario*), en la que, cuando llevé al protagonista a que viera la caseta semiderruida y el árbol seco, cité a Antonio Pulido. Esa novela se publicó en 1999 junto con otra, *El mecanismo de la suerte*. En esta última, también ambientada en Pozoblanco, el protagonista, un viejo huraño y resentido, se detiene en el pequeño porche abovedado que la ermita de San Antonio tiene pegando a la carretera de El Guijo para librarse de una espesa cortina de agua que cae sin compasión alguna. También yo, de niño, había sentido el amparo de ese raro porche, ubicado sobre una roca y a cierta altura de la calzada, y no sólo para librarme de la lluvia, sino, sobre todo, para librarme de la incertidumbre y del miedo.

En el mismo año 1999, Antonio Pulido expuso en el salón de la Biblioteca Municipal de Pozoblanco. Uno de sus cuadros era la ermita de San Antonio vista desde la misma perspectiva que yo había imaginado para mi novela, con ese porche abovedado que da a poniente como eje central. Antonio Pulido desconocía mi novela cuando pintó el cuadro y yo desconocía su cuadro cuando escribí la novela, y ambos nos sorprendimos al comprobar que habíamos reparado en el mismo detalle, seguramente atraídos por algo que estaba allí, pero también en el interior de cada uno de nosotros. Naturalmente, le compré el cuadro, que hoy tengo colgado en la sala de estar de mi casa.

Ahora he ido a ver la exposición que Antonio Pulido ha tenido abierta en Añora y en la misma sala hemos hablado sobre esas coincidencias. La principal idea que puede extraerse, me parece a mí, tiene mucho que ver con la negación de la soledad. No hay peor forma de soledad que la que afecta al sentimiento. “Te acompaño en el sentimiento”, se dice como fórmula de pésame, para ahuyentar la soledad del doliente (estoy aquí, contigo, pero ten en cuenta que no soy un pasmarote, que sé lo que sientes y que siento lo que tú). Que alguien haya coincidido conmigo en detalles tan escondidos en el alma me demuestra que mis sentimientos no están solos, y que si Antonio Pulido y yo hemos reparado en la inquietante estampa de la caseta derrumbada y el árbol seco (ya desaparecida) y en la imagen del porche abovedado, puede haber más gente que haya reparado en ello. Quién sabe, quizá alguno sea uno de los pacientes lectores de este humilde artículo.

Juan Bosco Castilla